

CRONICAS TERRESTRES

Minotauros y laberintos

Por Hugo Correa



Dentro del bestiario privado de Jorge Luis Borges, el Minotauro ocupó un lugar de cierto privilegio. Esta criatura, con cuerpo de hombre y cabeza de toro, y que se alimentaba de carne humana, pareciera ejercer una curiosa fascinación en nuestra época. El Minotauro podría interpretarse como una mutación, el resultado de diabólicas experiencias genéticas, el corolario de actividades prohibidas.

¿Y acaso no lo fue el presunto hijo de Minos? El Minotauro o Asterión es la consecuencia de un adulterio. Poseidón, para castigar a Pasífae, la mujer del rey de Creta, hace que aquella se enamore de un toro blanco. Pasífae ordena a Dédalo que construya una vaca de cobre o madera -no hay acuerdo sobre el material usado por el legendario arquitecto-, dentro del cual se introdujo la reina para consumir este monstruoso amor. Y de aquí surge uno de los grandes mitos de la antigüedad.

Pero también la residencia del Minotauro, el Laberinto -otra obra de Dédalo que, como se ve, interviene en la historia desde sus comienzos- ejerce una particular atracción sobre el escritor trasandino. Porque, ¿hay algo más parecido a un laberinto que el mundo actual, cuyos caminos y puertas no conducen a salida alguna?

El hombre moderno ha comenzado a llevar a la práctica los viejos mitos. De los laboratorios no tardarán en salir los nuevos minotauros, frutos de las investigaciones del hombre en arcanos hasta la fecha reservados a la divinidad. Los dioses griegos y romanos eran imperfectos, llenos de debilidades, y solían equivocarse, al revés del Dios de la tradición judeo-cristiana.

Así Júpiter se vengaba personalmente de sus enemigos, o seducía a las esposas de los hombres, como a Leda, mujer de Tíndaro, ante la cual se presenta bajo la forma de un cisne. La hermosa Helena -que desencadenaría la guerra de Troya- y Pólux nacieron de huevos, como aves. La ingeniería genética prevé aberraciones aún mayores.

De engendros como el Minotauro que, según el relato de Borges, **La casa de Asterión**, esperaba anhelante el día en que sería liberado por Teseo, poco puede esperarse. Porque si los antiguos dioses se equivocaban, con mayor razón el hombre puede conducir a su especie al caos. Además los dioses de la mitología habitaban en el Olimpo, desde cuya cima vigilaban a sus criaturas, y poseían un panorama bastante certero de la realidad; en cambio nuestros seudodioses, deslumbrados por el poder que otorga la tecnología, viven precisamente dentro de un laberinto, cuya salida aún no encuentran.

Y quizá no la hallen a tiempo.